



# ANTONIORROBLES: «EL CAZADOR DE ALELUYAS»

Jaime García

El presente artículo es un recorrido cronológico a través de la vida y producción literaria de Antoniorrobles, primer escritor español que se dedica a la Literatura Infantil.

«Quien se adentre por los relatos infantiles de Antoniorrobles se encontrará con hallazgos recurrentes nacidos de un lícito afán creador por dar un sesgo humorístico a la visión «normal» de la realidad y ganar con él la sorpresa y el interés de sus lectores».



«Antoniorrobles era un hombre corpulento, de boca grande que siempre recuerdo abierta en una gran carcajada».<sup>1</sup> Con esta penetrante caracterización Dionisio Ridruejo evocaba una ligera amistad mantenida, durante algunos veranos, en El Escorial de los primeros años veinte. Son palabras escritas tras un largo y duro paréntesis, en el que ambas vidas siguieron caminos bien distintos pero que no impidió a Dionisio Ridruejo plasmar con fidelidad los rasgos humanos que, muchos años más tarde, hemos podido reconocer en la personalidad de Antonio Joaquín Robles Soler: trato afectuoso, bondad intrínseca alejado de fingidas poses, humor sano y una tremenda alegría por vivir aún cuando los muchos años ofrecían recovecos donde esperaba paciente la guadaña que segaría su aliento.

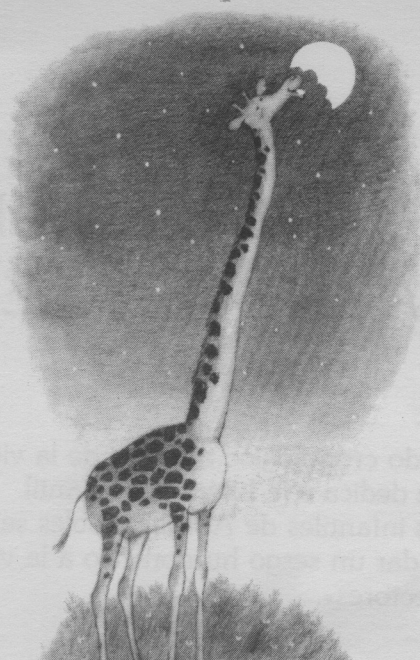
Antonio vio la primera luz en Robledo de Chavela (Madrid) el 18 de Agosto de 1895. Una vacante en San Lorenzo de El Escorial permitió a su padre, don Félix Robles, prestigioso médico en la zona rural donde ejerció su profesión, el traslado familiar a esta población. A la sombra de la maravilla herreriana y siempre a caballo entre Madrid y la sierra, transcurrieron los años juveniles de Antonio.

Pronto las revistas de la época recibieron los artículos de aquel joven inquieto. Mientras tanto, participa en la vida, medio bohemia, medio literaria, de los cafés de aquel Madrid y

donde la tertulia de «La Granja de El Henar» era el punto de reunión para Antonio con otros humoristas y creadores deseosos de nuevos rumbos en el arte. Sus primeros intentos novelísticos le conducen por la vía de un humorismo que triunfa en aquellos años, de la mano del absurdo y del disparate cultivados por un grupo de humoristas que siguieron, con mayor o menor acierto, la estela literaria de Ramón Gómez de la Serna.<sup>2</sup> La primera novela publicada por Antonio Robles, *El archipiélago de la muñequería* (1924) contaba con un prólogo del propio Ramón, que demuestra no sólo esa adscripción literaria sino una firme amistad personal; de aquellas 18 greguerías o «prologales rajitas de salchichón» entresacamos esta original visión de aquel joven humorista que «estrenaba» novela:

«Robles fue un chico listo que pilló al vuelo muchas aleluyas de las que caen del cielo en días que no son de procesión. Tiene un espíritu, una ingenuidad y una simpleza de aleluya, y a veces dibuja también una aleluyita. ¡Las que cazó al vuelo!»<sup>3</sup>

Dentro del grupo de los cultivadores de la novela caracterizada por un cierto intelectualismo levemente criticista —en la misma línea de Jardiel Poncela, Neville, Samuel Ros, José



López Rubio, Miquelarena, ...<sup>4</sup> que les conduciría a posiciones cercanas al arte deshumanizado— Antonio Robles destaca por ser el más insistente cultivador de la novela humorística, con títulos como *El muerto, su adulterio y la ironía* (1929), *Novia, partida por dos* (1929), *Torerito soberbio* (1932), *El refugiado Centauro Flores* (1966) y *El violín de Don Matías* (1969).

Según ha explicado en sus recuerdos Antonio,<sup>5</sup> sus primeros cuentos infantiles surgieron como respuesta a la petición de un amigo suyo, director entonces de una revista dirigida a los niños. Por la fecha, 1925, y por la indicación de la personalidad de tal amigo, esa publicación era la revista *Pinocho*,<sup>6</sup> que dirigía Salvador Bartolozzi, gran renovador de la ilustración infantil y autor de una divertidísima y original recreación del muñeco de madera creado en 1881 por el italiano Carlo Collodi, pero con la que consiguió un personal éxito dentro de la serie «Pinocho y Chapete», de la editorial Saturnino Calleja. En las páginas de la revista *Pinocho*, entre 1925 y 1926, las colaboraciones de Antonio Robles esbozan ya las líneas habituales en su posterior dedicación a la literatura infantil; aparecen en aquellos cuentos algunos de los esquemas argumentales que más adelante desarrollaría en distintos cuentos y crea además el personaje de Chonón, boceto del que habría de ser su personaje literario más querido: Rompetacones.

En 1927, justo cuando parece cesar la relación con la casa Calleja, editora de *Pinocho*, Robles publica sus primeras colaboraciones en *Gutiérrez*, semanario humorístico publicado por Luis Montiel, propietario de la editorial Rivadeneyra. Después sus cuentos aparecerían también en *Macaco*, revista infantil de la misma editorial y dirigida por el humorista «K-Hito». Este paso por *Gutiérrez* configura, de un modo casi definitivo, la propia evolución de Antonio Robles como escritor humorístico. En ella nace su seudónimo, esbozado con un juego ingenioso al firmar sus colaboraciones como «Donantoniorrobles»; tras la poda de su primer elemento, esa unión de nombre y apellido se consagra como su firma en las habituales colaboraciones en la prensa y en sus libros.

Corren los años finales de la dictadura de Primo de Rivera. Antoniorrobles publica artículos y entrevistas en la revista *Crónica*, que rompen los esquemas habituales en estos géneros periodísticos. La presencia de sus cuentos humorísticos y de sus relatos infantiles se mantuvo en esta revista hasta 1935, después de haber sido muy frecuentes sus colaboraciones en el año anterior.

1930 marca un rumbo definitivo en la dedicación de Antoniorrobles al cuento infantil. Es la fecha de aparición de la primera revista infantil bajo su propia dirección, *El perro, el ratón y el gato*, y aparecen entonces sus primeros libros editados con sus cuentos para los niños. Ambos hechos corresponden a la relación de robles con el grupo C.I.A.P. (Compañía Iberoamericana de Publicaciones), que entre 1927 y 1931 intentó revolucionar las estructuras editoriales.<sup>7</sup> Sus relatos infantiles aparecen en las revistas que controlaba esta empresa, *Cosmópolis* y la citada *El perro, el ratón y el gato*, de corta vida por otra parte dado el estrepitoso hundimiento económico de C.I.A.P.; entre 1930 y 1931, la revista dirigida por Antoniorrobles ofrecía a sus lectores una excelente calidad en su presentación y las creaciones literarias y plásticas de autores e ilustradores como José López Rubio, Elena Fortún, Manuel Abril, Aristo Téllez, Climent, Souto, Sancha, Esplandiú, Ramón Gaya... Para la propia dedicación de Antoniorrobles a este género, la revista *El perro, el ratón y el gato* supuso una rotunda consolidación en el tratamiento personal de los caminos fantásticos y de su peculiar forma de entender la realidad.<sup>8</sup>

Cuando Antoniorrobles era ya un novelista de cierta consideración por parte de la crítica, ganada por sus primeras novelas, aparecen sus primeros libros en colecciones infantiles. En 1930, *26 cuentos infantiles en orden alfabético* y *8 cuentos de niñas y muñecas*; un año más tarde, *8 cuentos de los juguetes vivos* y *8 cuentos de Navidad*, cierran un proyecto editorial de C.I.A.P. con esos cincuenta relatos de Antoniorrobles.

La desaparición de C.I.A.P. provoca un largo paréntesis de cuatro años en la edición de obras de Antonio dirigidas a un público infantil, precisamente cuando el autor atravesaba un momento de indudable madurez creadora. Pero el contacto con sus lectores más jóvenes estaba asegurado desde las páginas de *Crónica* y de *Gente Menuda*, suplemento infantil de la revista *Blanco y Negro*. Allí sigue presente la extraordinaria inventiva de Antoniorrobles. Algunos de aquellos cuentos merecen un destacado lugar, no sólo en las antologías personales de este autor, sino en las más cuidadas selecciones de nuestra literatura infantil.

En 1932, fecha de la publicación de una de sus más interesantes novelas humorísticas, *Torerito soberbio*, Antoniorrobles es premiado en el Concurso Nacional de Libros Infantiles por su obra *Hermanos Monigotes*, que no verá la luz como li-



bro editado hasta 1935. De nuevo, el camino de las publicaciones periódicas para la difusión de las creaciones infantiles: la mayor parte de los relatos incluidos en *Hermanos Monigotes* aparecieron en *Crónica* y en *Gente Menuda*, despojados del breve hilo argumental que los hilvanaba entre sí. Cuando tres años más tarde de ese galardón, la editorial Juventud publica la primera edición de esta obra, Ramón Pérez de Ayala saluda a su autor como «el hermeneuta de las leyes genuinas: las naturales, y el centro de la mejor sociedad: la de los niños. El primer escritor infantil, incluso en el sentido de el único»<sup>9</sup>.

Con 1935 entramos, pues, en otra época creativa de Antoniorrobles. Cuatro títulos se unen a *Hermanos Monigotes*, en dos líneas de bien distinta relevancia: *Nuevos cuentos de Mickey Mouse* y *Los pingüinos* son adaptaciones de las creaciones originales de Walt Disney y responden a las características de una obra de encargo con escasas posibilidades para la auténtica aportación creativa; con *Mis diez compañeros* y *Rompetacones o la doble vuelta al mundo*, Antoniorrobles vuelve a sus caminos habituales, pero con una acentuación en lo que habrá de ser una de sus preocupaciones fundamentales en los años posteriores a 1939: la utilización de sus cuentos en las actividades propias de la escuela primaria.

Dentro del proceso de reelaboración continua de sus personajes y temas, Antoniorrobles publica en 1936 *Rompetacones* y *Azulita: 8 cuentos infantiles de la A a la H*. Son historias originales que insisten en el proyecto de 1930; pero este primer volumen de esa serie alfabética aparecía en el mes de Julio de aquel año fatídico y así se cortaron las posibilidades de completar esta nueva empresa creativa.

Escasas son las noticias que podemos encontrar sobre las peripecias creadoras de Antonio entre 1936 y 1939. Su talante liberal, sus relaciones personales, y su credo de ligero tinte republicano, le alinearon con uno de los dos bandos enfrentados y, junto a otros artistas e intelectuales, contribuyó a la labor cultural y de atención al niño realizada por el Gobierno de la II República. Algunos relatos, de claro tono propagandista, y un proyecto de revista —que con el título de *Sidriñ* nunca llegó a verse publicada— son las únicas referencias que hoy tenemos de la labor literaria de Antonio entre 1936 y 1939. Una dedicatoria del propio autor, recogida en un periódico de la época, nos habla de su postura personal ante la barbarie de la guerra: «Al horror de los niños madrileños que cayeron rotos como muñecos. A las palomas blancas que se escaparon de sus pechos sangrantes».

Con el fin de las esperanzas para el triunfo militar de la República, el dolor de la separación física y espiritual de su país. El exilio comienza para Antoniorrobles, uno más entre tantos españoles. Acompañado de su esposa, Angelines, la marcha angustiosa y dura hacia la frontera francesa. Fuera ya de España, la incertidumbre del lugar donde asentarse, de una nueva ocasión para reanudar su vida. El Consulado de México en Burdeos facilita el visado necesario para el viaje hasta el país hermano. Se abre de este modo un período en la vida y en la obra de Antoniorrobles que nos ofrece reiteradamente muestras de aquella excepcional acogida brindada a los españoles transterrados y de cómo supieron estos crear allí una valiosa aportación humana y profesional.

La época mexicana en las creaciones infantiles de Antoniorrobles aparece caracterizada por una preocupación por dotar a sus relatos de una proyección docente que facilite su adecuada utilización en los trabajos cotidianos en la escuela y dentro de la línea iniciada en España con *Mis diez compañeros*. La colaboración de Antonio con la Secretaría de Educación Pública le permite impartir en el mismo año de su llegada a México un cursillo de Literatura Infantil dirigido a maestros de enseñanza primaria; con la creación de una Cátedra de Literatura Infantil en la Escuela Normal de Maestros de México D.F., puede continuar sistemáticamente esta labor de formación de educadores. Una serie de conferencias pronun-

ciadas en Octubre de 1941 serán publicadas bajo el título de *¿Se comió el lobo a Caperucita?*, obra imprescindible para entender el personal concepto de Antoniorrobles sobre las creaciones dirigidas a los niños.<sup>10</sup>

Los años de México son, pues, fructíferos en la obra personal de Antoniorrobles: colaboraciones en la radio, novelas, teatro, artículos periodísticos, conferencias, cuentos infantiles, guiones para programas de TV dirigidos al niño ... Estas creaciones dan, por otra parte, la pauta fiel de la inserción del escritor en la realidad de aquel país y de su adaptación al gusto y a la sensibilidad de aquella sociedad. Dentro de estas vivencias mexicanas resaltan, entre los recuerdos personales del autor, las intensas relaciones de amistad con otros españoles transterrados: Salvador Bartolozzi, Manuel Andújar, Antonio Espina, León Felipe ... Círculo de amigos que se amplía con los grandes compañeros mexicanos, los escritores Agustín Yáñez y Alfonso Reyes o el chileno Neruda.

Los años quebrantan la salud de Antonio. La fuerte añoranza de sus lugares más queridos y nunca olvidados mueven al matrimonio Robles a pensar en el regreso a España. Y, por fin, en 1972 el ansiado reencuentro con sus rincones escurialenses. Sus cansados ojos le ofrecen una visión muy distinta del país que abandonó en circunstancias dolorosas. Con los familiares reencontrados y los viejos amigos, Antonio se siente de nuevo entre los suyos. Pero, dolorosamente, a su regreso Antoniorrobles resultaba un gran desconocido en el panorama de los años setenta dentro de la literatura infantil española a pesar de las noticias que recogieron su llegada y los comentarios críticos o los breves estudios dedicados por algunos especialistas

Antonio deseaba el reencuentro con su público, con los niños españoles que no habían tenido ocasión de conocer antes sus relatos. Poco a poco, consigue ver editados algunos títulos originales en ediciones costeadas con sus propios medios; pero el vacío creado por los años transcurridos no puede ser superado sólo con buenas intenciones. Los motivos y los temas de la literatura infantil española en estos años setenta discurren por caminos que resultan extraños para la actitud creativa de Antoniorrobles. Público y autor hablaban entonces lenguajes diferentes. Pero las obras con valores indiscutibles dentro de la producción de Antonio seguían olvidadas. Y las reediciones, el camino indispensable para el redescubrimiento de un gran autor.

Aunque la nueva aparición de *Rompetacones* y *Azulita* (1972) no tuvo la deseada repercusión, la publicación de *Hermanos monigotes* (1977), en la colección de libros de bolsillo «Moby Dick», marca el inicio de una más justa valoración y un más amplio conocimiento de las obras de Antonio. Después vendrían las reediciones de sus primeros títulos, las antologías y las recopilaciones de sus cuentos publicados en revistas de los años treinta que han servido para restituir, en buena medida, la merecida consideración de Antoniorrobles ganada con una labor que debe considerarse como una de las más destacadas y renovadoras dentro de la literatura infantil española.

Mientras estos cuentos suyos veían la luz, los ojos de Antonio la van perdiendo poco a poco. Ciego ya, su corazón siente la emoción y la belleza del homenaje organizado por una iniciativa del C.N.I.N.A.T. (Centro Nacional de Iniciación del Niño y el Adolescente al Teatro), como resultado final de una labor intensa en la creación de talleres dramáticos en las escuelas; durante esta campaña de iniciación teatral, el CNI-NAT había desarrollado buena parte de su trabajo con textos tomados de los cuentos de Antoniorrobles y gracias a esto, muchos escolares y, con ellos, sus profesores, descubrieron los valores latentes en aquellas creaciones e indirectamente la apasionante personalidad de su autor.

El reconocimiento oficial de la aportación de Antoniorrobles a la literatura infantil española se resiste. Surgen peticiones de un adecuado homenaje, se sugieren actividades para la



recuperación popular de esta figura indiscutible del difícil arte de escribir para los niños... Pero una mañana fría de Enero, de del día 23 del año de 1983, Antoniorrobles se unía para siempre con sus personajes y con Angelines García Palencia, que hasta unos años antes había compartido como esposa sus alegrías, sus dolores y le había prestado la visión que sus ojos le negaban. El emocionado homenaje de sus familiares y amigos y el de los escolares de El Escorial le acompañaron hasta el lugar de su descanso definitivo, en el pequeño cementerio de sus tantas veces añorado pueblo.

Si bien a la hora de redactar este artículo hemos considerado como prioritario el ofrecer una síntesis biográfica de Antoniorrobles con las esenciales referencias cronológicas que permitan situar los principales momentos de su evolución creadora, no podemos soslayar el breve apunte de los rasgos característicos en su peculiar universo literario dedicado al niño.

Quien se adentre por los relatos infantiles de Antoniorrobles se encontrará con hallazgos recurrentes nacidos de un lícito afán creador por dar un sesgo humorístico a la visión «normal» de la realidad y ganar con él la sorpresa y el interés de sus lectores. Así, este mismo recurso (explícito a veces en los mismos títulos de sus narraciones: «La muchacha que, aburrida, / dio a su reflejo / la vida»; «Automóviles audaces, / que de morir son capaces»,...) le llevaba con frecuencia a los terrenos próximos a la naturaleza propia de las greguerías ramonianas: «Las lagunas son de por sí más bonitas que los espejos»; «las agujas son modistas de un solo ojo»; «las migas son como unas esponjitas que algo de aire tendrán dentro»... o la metáfora feliz de «la plata pulverizada de las mangas de riego»...

Dentro de este rasgo definidor de las historias de Antoniorrobles, vemos como dicho recurso humorístico de dar un rotundo giro a la realidad le servía para excitar la sensibilidad infantil y facilitar así una mejor comprensión de las descripciones, de las situaciones o de los rasgos básicos en el carácter de sus personajes. De entre sus preocupaciones temáticas resaltamos aquí el juego de la realidad y la apariencia de lo real. Dentro ya de él, Antonio sabía eludir el tópico con la originalidad de las situaciones creadas en el desarrollo de ese tema. Así es frecuente en sus historias el que los seres reales de sus cuentos se intercambien sus papeles o «roles» con sus propios reflejos en un cristal, en superficies de agua o que vean cómo se animan sus sombras.

Comenzábamos este artículo recordando impresiones personales de aquel buen Antonio. Conociéndole se comprendía mejor cómo aquella bonhomía tuvo que encontrar su mejor expresión en el humorismo sano y la ironía bienintencionada. Ambas animan sus mejores relatos. Incluso tal actitud personal desembocaba en un pacifismo militante que le llevaba a buscar soluciones insólitas a tremendos y disparatados conflictos bélicos como el que nos ofrece en «La guerra de los veintiuna, / que una se comió la luna» y en muchos de los relatos que, casi con un instinto premonitorio de la tragedia que vivirían años después los españoles, escribió en los primeros años treinta.

Antonio se preocupó por esbozar y desarrollar una personal teoría de la literatura infantil. A ella dedicó el prólogo de su primer libro editado, *26 cuentos infantiles por orden alfabético*, las seis conferencias recogidas en *¿Se comió el lobo a Caperucita?*, y otros prólogos como el ofrecido en *Rompetacones y 100 cuentos más*. De esas teorizaciones recogemos su propia definición de la actitud creadora que animaba sus historias: el franciscanismo literario. Del santo de Asís le atraían su amor por los animales y el canto a las pequeñas cosas cotidianas. Desde esa intención, nada más revelador que el título de sus *Hermanos monigotes*. Junto a ellos, una evidente atracción por los avances técnicos a los que trató de presentar bajo una visión más humanizada, más entrañable y cercana a

los sentimientos del niño. Los aeroplanos, las motocicletas, los hilos del telégrafo, las máquinas de escribir, las radios, los gramófonos... se convierten en auténticos protagonistas de relatos donde su vida animada sirve para curiosos contrastes.

Ese ingenio recurrente o gracia especial para el hallazgo humorístico, sabía forjar escenas de aire surrealista y dotar a las tramas argumentales de soluciones absurdas y disparatadas. De los numerosos ejemplos que podríamos citar escogemos las imágenes de «La Luna conducida por la Guardia Civil» o las de «El señor que se comió un mundo».<sup>11</sup> Pero no sigamos insistiendo en el afán, quizás excesivo, de intentar explicar lo que de por sí resulta diáfano. La intencionalidad creadora que animaba a Antoniorrobles necesitaba de un conseguido tono oral, de hablar directamente a los lectores, de saber transmitir la sonrisa, de resaltar el tono irónico sin caer en lo grotesco. Un estilo donde la sencillez y la llaneza en el decir eran sus repetidas notas resultó el conveniente vehículo expresivo. En sus relatos late una corriente cálida entre él, como narrador, y su público, los lectores infantiles. Quizás hoy nos choque en algunos de sus cuentos una presencia casi excesiva del narrador-autor, pero en aquellos momentos no resultaba tan desacostumbrado el incurrir en apelaciones un tanto terneristas o los tratamientos corteses y los consejos relativos a las actitudes reflejadas en algunos relatos.

Dominador de la técnica del desarrollo lineal de los argumentos, la estructura de sus narraciones solía ser perfecta. Cualquier situación era resuelta sin preocuparle la ruptura de las leyes de una «lógica normal» pero sin dejar ningún cabo suelto en la trama. Detrás de este dominio y de la agilidad de estilo, estaban la larga dedicación de Antonio al periodismo y la constancia y frecuencia en la creación de los cuentos de carácter infantil.

Y nada más. Las creaciones de aquel chico listo que cazaba las aleluyas al vuelo y del que León Felipe dijo, en 1966, que era «un humorista tramposo y un mal prestidigitador», (porque él había visto cómo las cosas maravillosas sacadas de un sombrero de mago por Antoniorrobles las tenía escondidas en «las entretelas del corazón») y, además, porque ese gran pañuelo de seda de donde salían todos sus trucos era el propio pañuelo de sus lágrimas) esperan a cualquiera que sepa disfrutar de la ingenuidad accesible sólo a los que aún conservan intacta la capacidad de asombro y dispuesto el resorte de la risa franca y limpia. Y seguro que el buen Antonio sonreirá cada vez que alguien comprenda y disfrute sus juegos literarios.

1.- RIDRUEJO, Dionisio, *Casi unas memorias*.- Edic. de César Armando Gómez.- Barcelona: Planeta, 1976.- Pág. 27.

2.- NORA, Eugenio de, *La novela española contemporánea (1927-1939)*.- Madrid: Gredos, 1973 (2ª edic. corregida).- Pág. 257.

3.- GOMEZ DE LA SERNA, Ramón, Prólogo a *El archipiélago de la muñequería (Novela en colores)*, de Antonio Robles.- Madrid: Librería de Alejandro Pueyo, 1924.- Pág. XI.

4.- NORA, E. de, *ob. cit.*, pág. 270.

5.- *Yo (Notas de vanidad ingenua)*.- Madrid: edición del autor, 1973.- Págs. 12-13.

6.- el primer cuento publicado por Antonio Robles con un carácter infantil se titulaba *La gran mariposa* y apareció en la revista *Pinocho*, en su número 5, de fecha 22 de Marzo de 1925.

7.- MAINER, José C., *La Edad de Plata (1902-1939) (Ensayo de interpretación de un proceso cultural)*.- Madrid: Cátedra, 1981 (2ª edic. correg.).- Págs. 77-78.

8.- Una muestra representativa de estos relatos puede encontrarse en el volumen titulado *Cuentos de «El perro, el ratón y el gato»*, publicado en 1983, por la editorial Miñón, en su colección «Las Campanas», n° 46.

9.- Este prólogo puede encontrarse en la edición publicada por La Gaya Ciencia, en su colección «Moby Dick», n° 92-93.

10.- *¿Se comió el lobo a Caperucita?*.- México D.F.: América, 1942.

11.- Estos dos relatos han sido incluidos en el volumen titulado *el señor que se comió un mundo*, que publicará Noguer en el mes de Junio de este año de 1985, justo cuando este mismo artículo vea la luz.

12.- Esta cita está tomada de una carta manuscrita de León Felipe a Antoniorrobles que se reproduce en un encarte dentro de la edición de la novela *El refugiado Don Centauro Flores* (México D.F.: Finisterre Editor, 1966).